

Se le aparece cada quincena



Wallace Stevens • Gustavo Zubieta • Jorge Luis Borges
Adolfo Cáceres • Marcela Gutiérrez • Manuel Vargas
Lord Byron • Víctor Montoya • Marcela Mérida

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura
año XVI nº 385 Oruro, domingo 17 de febrero de 2008



ZONA FRANCA ORURO
CON NUESTRA CULTURA



Erasmo Zarzuela Chambi
Catedral de Oruro

Adagia

El poeta fabrica vestidos de seda con gusanos.
La tierra no es un edificio, sólo un cuerpo.
La poesía es un medio de redención.
El propósito de la poesía es hacer que la vida sea completa en sí misma.
Como la razón destruye, el poeta debe crear.
Cada hombre muere su propia muerte.
La lengua es un ojo.
La realidad es un vacío.
Todos los hombres son asesinos.
El poeta es el sacerdote de lo invisible.

Steven Wallace. Poeta norteamericano.



el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julio garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduendeoruro@yahoo.com
lurquiza@zofro.com

El ciudadano fantasma

En el modesto pueblito de esta tierra altiplánica, Tiburcio no tenía necesidad de utilizar sus apellidos, simplemente lo llamaban Tiburcio o con más cariño, Tiburcito; pero llegó la hora de presentarse al servicio militar de donde saldría como un ciudadano con todos los derechos y obligaciones civiles. Se presentó al cuartel donde el Sargento que inscribía le preguntó nombre y apellidos. Me llamo Tiburcio Nina Mayta, contestó. Pasó al reconocimiento médico desnudo, como si recién hubiera nacido para enfrentar una nueva vida. Ya en las filas, el "Suf" al mando de la escuadra, gritó: ¡Soldado Tiburcio Nina Mita! Mi Suf, yo soy Mayta, insinuó. ¿Quién le ha preguntado? ¡A la fila! Estamos atrasados para el cambio de guardia.

Y así transcurrió el año cumpliendo donde las órdenes no se discuten y recibió su libreta de servicio militar; pero al leer su nombre, descubrió que su nombre era Tiburcio Dina Mita. Cuando fue a reclamar, le dijeron que vuelva mañana, al día siguiente, después de las fiestas de Carnaval, y el tiempo transcurría, hasta que alguien le aconsejó —en mala hora— que tomara un abogado. El jurisconsulto le comunicó que había que hacer un juicio para modificar los registros donde debía encontrarse su verdadero nombre; pero había un problema muy pequeño, necesitaba carnet de identidad. El abogado señaló que no se preocupara, que podría solucionarse con algunos pesos en las oficinas de identificación de la policía; él le daría una nota de recomendación para el Sargento Titutuqui. En efecto, el Sargento Titutuqui en poco tiempo le entregó un carnet de identidad con número y todas las de la ley, con el nombre de la libreta militar con el cual podía olvidarse de todos los problemas, Tiburcio se preguntó como podría tramitar otro nombre con otra identidad, era todo un embrollo. Dejó al abogado con el cual ya había gastado mucho dinero en papel, timbres de ley, diligencias, procuradores y memoriales. Luego descubrió que el carnet le habría todas las puertas, manejar camión y tener brevet profesional. Sufragó en las elecciones para presidente y tuvo cuidado de no comunicar su problema a otros, porque podrían anular las elecciones. Pero había siempre un pesar en lo recóndito de su alma; cuando vuelva a su pueblo, ¿cómo podría explicar a su novia para casarse, para la que siempre había sido su Tiburcito? ¡Y qué! ¿Sus hijos llevarían otro apellido diferente al que él tenía cuando salió del pueblo? Su carnet tenía para entonces el nombre inscrito de Tiburcio Dínamita.

Al año siguiente volvió al pueblo donde había muerto su padre dejando toda su herencia a nombre de su Tiburcito, su único hijo entrañable. Fue a las oficinas de registro.... a la de impuestos donde había que sufragar impuestos en mora, pagar impuestos de transferencias, algunas pequeñas deudas etc. Pero había otra vez, el problema del nombre para hacer la respectiva transferencia. Muchas noches de insomnio le dieron la luz brillante de una respuesta: volver donde el sargento Titutuqui para que le diera un nuevo carnet de identidad. Cuando Tiburcio le hizo la solicitud, éste se molestó mucho por la forma directa de proponerle pagar bien sus servicios, un funcionario responsable y honesto no podría prestarse a semejante servicio dos veces.....

Tiburcio salió de las oficinas comunicándole que volvería al día siguiente. Como suele acontecer en estas ocupaciones, y como lo veía mucha gente agradecida, el sargento era un ángel vestido de corrupto, sostenido y apoyado por sus jefes como un funcionario insustituible, sin el cual los problemas nunca tendrían solución. Volvió Tiburcio a los dos días y se enteró que el sargento, por su comportamiento ejemplar había sido ascendido de grado y promovido a un cargo más importante. Salió acongojado, no podría reclamar su herencia, una casa en una calle que no tenía nombre ni número.

Como la fortuna es concedida por los dioses (sin decir cómo), que no preguntan nombre ni apellido, Tiburcio hizo una fortuna con el contrabando y decidió comprarse un camión Volvo y cuando le entregaron su carnet de propiedad del vehículo, leyó su nombre que decía Tiburcio. Con energía reclamó: "Un momentito... yo soy TIBURCIO DINAMITA!!"

La casa de asterión

Y la reina dio a luz un hijo que se llamó Asterión.

Apolodoro: Biblioteca III, I.

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura. Tales acusaciones (que yo castigaré a su debido tiempo) son irrisorias. Es verdad que no salgo de mi casa, pero también es verdad que sus puertas (cuyo número es infinito) (*) están abiertas día y noche a los hombres y también a los animales. Que entre el que quiera. No hallará pompas mujeriles aquí ni en el bizarro aparato de los palacios pero sí la quietud y la soledad.

Asimismo hallará una casa como no hay otra en la faz de la tierra. (Mienten los que declaran que en Egipto hay una parecida). Hasta mis detractores admiten que no hay un solo mueble en la casa. Otra especie ridícula es que yo, Asterión, soy un prisionero. ¿Repetiré que no hay una puerta cerrada, añadiré que no hay una cerradura? Por lo demás, algún atardecer he pisado la calle; si antes de la noche volví, lo hice por el temor que me infundieron las caras de la plebe, caras descoloridas y aplanas, como la mano abierta. Ya se había puesto el sol, pero el desvalido llanto de un niño y las toscas plegarias de la grey dijeron que me había reconocido.

La gente oraba, huía, se prosternaba; unos se encaramaban al estilóbato del templo de las Hachas, otros juntaban piedras. Alguno, creo, se ocultó bajo el mar. No en vano fue una reina mi madre; no puedo confundirme con el vulgo; aunque mi modestia lo quiera.

El hecho es que soy único. No me interesa lo que un hombre pueda transmitir a otros hombres; como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura. Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu, que está capacitado para lo grande; jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra. Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer. A veces lo deploro, porque las noches y los días son largos.

Claro que no faltan distracciones. Semejante al carnero que va a embestir, corro por las galerías de piedra hasta rodar al suelo, mareado. Me agazapo a la sombra de un aljibe o a la vuelta de un corredor y juego a que me buscan. Hay azoteas desde las que me dejo caer, hasta ensangrentarme. A cualquier hora puedo jugar a estar dormido, con los ojos cerrados y la respiración poderosa. (A veces me duermo realmente, a veces ha cambiado el color del día cuando he abierto los ojos). Pero de tantos juegos el que prefiero es el de otro Asterión. Finjo que viene a visitarme y que yo le muestro la casa. Con grandes reverencias le digo:

Ahora volvemos a la encrucijada anterior o Ahora desembocamos en otro patio o Ahora verás una cisterna que se llenó de arena o Ya verás cómo el

sótano se bifurca. A veces me equivoco y nos reímos bienamente los dos.

No sólo he imaginado esos juegos; también he meditado sobre la casa. Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; con catorce (son infinitos) los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes. La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo. Sin embargo, a fuerza de fatigar patios con un aljibe y polvorrientas galerías de piedra gris he alcanzado la calle y he visto el templo de las Hachas y el mar. Eso no lo entendía hasta que una visión de la noche me reveló que también son catorce (son infinitos) los mares y los templos. Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo.

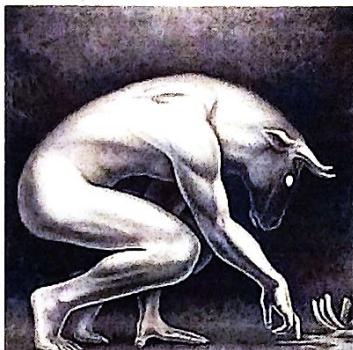
Cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías de piedra y corro alegramente a buscarlos. La ceremonia dura pocos minutos. Uno tras otro caen sin que yo me ensangrenten las manos. Donde cayeron, quedan, y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras. Ignoro quiénes son, pero sé que uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque sé que vive mi redentor y al fin se levantará sobre el polvo. Si mi oído alcanzara todos los rumores del mundo, yo percibiría sus pasos. Ojalá me lleve a un lugar con menos galerías y menos puertas. ¿Cómo será mi redentor?, me pregunto. ¿Será un toro o un hombre? ¿Será tal vez un toro con cara de hombre? ¿O será como yo?

El sol de la mañana reverberó en la espada de bronce. Ya no quedaba ni un vestigio de sangre.

—¿Lo creerás, Adriadna? —dijo Teseo—. El Minotauro apenas se defendió.

(*) El original dice catorce, pero sobran motivos para inferir que, en boca de Asterión, ese adjetivo numeral vale por infinitos.

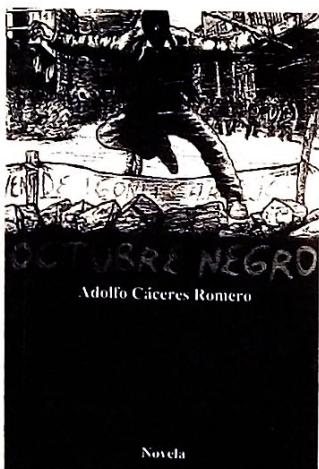
Jorge Luis Borges. Escritor y poeta argentino.





DE: OCTUBRE NEGRO

Quiero morar debajo de la tierra
(fragmento)



Novela

El viejo maestro de Historia cuánto no quería cerrar los ojos y que, al abrirllos, todo eso se desvaneciera; que despaciera el hospital y se llevara consigo el persistente dolor que le amenazaba el estómago; que desaparecieran las náuseas y el malestar que lo tenían sentado en esa sala de espera, desde la madrugada, aguardando —como los otros días— que gritaran el número de su ficha. ¡Oh, las salas de espera, hirientes y dolientes, donde la angustia anuda las gargantas! Así, el viejo maestro confiaba en que se apilaran de su suerte y, ¡bingo!, gritaran el número que pusiera fin a su espera; sin embargo, ahí médicos y enfermeras a diario conversaban en los pasillos, en un ajetreo de chismes y comentarios sobre la situación del país, sobre los sindicalistas, los amoríos y peleas de zulano y mengano que nada tenían que ver con su oficio; costumbre que ya se había hecho habitual en ellos. ¡Qué demonios! Tal parecía que algunos de esos empleados apostaban a cuánto más aguantarían esos hombres, mujeres y niños que precisaban ser atendidos. ¿Y ahora qué? Nada. Nada más que esperar; el caso es que ese día también ellos —médicos y enfermeras— aguardaban los resultados de la última reunión de sus dirigentes que consideraban la posibilidad de apoyar el paro movilizado de la Central Obrera. Ya eran casi las diez, y nada. ¿Entonces...? Entonces, al cabo de esa reunión, alguien les daría la orden de continuar trabajando o de salir a las calles o, en el peor —por qué no el mejor?— de los casos, irse a sus casas. Eran tan inciertos esos días de marchas, bloqueos y protestas, sin saber en qué instante se declararía una nueva movilización general con gases balines —quizá hasta balas— y mordeduras de perros, de parte de los policías y militares; gritos, pedradas, contusos y heridos —y tal vez muertos— entre los manifestantes, para culminar con un paro ya no de 24 horas —co-

mo el que habían tenido la semana anterior—, sino de 48 ó, lo que era más probable: indefinido. Despues de todo, los paros eran continuos en el gremio de salud: el mes anterior habían dejado de trabajar por casi dos semanas, pidiendo aumento de salarios; luego, a los pocos días, solicitaban nuevos ítems, con un paro de 24 horas. A continuación habían suspendido labores por 48 horas, exigiendo la destitución del Director Departamental de Salud, lo acusaban de haber suspendido a los empleados presuntamente corruptos, metiendo en la cárcel a su ejecutivo general, porque éste no pudo probar las acusaciones vertidas contra dicho Director. La consigna siempre había sido ganar más trabajando menos; en su último pliego petitorio también exigían una jornada laboral de seis horas.

Como el viejo maestro de Historia no escuchaba bien, la voz que salía por los altoparlantes se le hacía ronca y subterránea. Podría tratarse de su número de ficha, así que preguntó al hombre que se encontraba a su lado qué es lo que anunciable. Parece que se van a declarar en huelga de hambre, le dijo éste, encajándole sus córneas hundidas y la mirada de águila en acecho. ¿En huelga de hambre?, repitió el viejo maestro de Historia, cuya aprensión iba creciendo a medida que se fijaba en los ojos del paciente que ahora seguía el movimiento de las enfermeras. Y lo peor es que la cosa va a ser aquí, las córneas hundidas salpicaban su desconcierto; idéntica sensación se advería en los demás pacientes. ¿Aquí?, el viejo maestro de Historia, viendo salir una oleada de enfermeras. ¡Permiso!, pronto los ayudantes y camilleros sacaron unos colchones y frazadas. ¡A ver, a ver levántense!, y los acomodaron en plena sala de espera: ¡Permiso, señor!, chilló una enfermera de voz gangosa. ¿Nos van a atender o no?, le preguntó el paciente de las córneas hundidas. ¿Cree que podemos hacerlo así como estamos?, le respondió la enfermera, gorda y agitada, mientras sacudía sus descomunales posaderas al concluir con el tendido de su cama. ¿Y cómo están?, la voz que ya se le había hecho impertinente. ¡Mal, pues!, la enfermera, saltándose los ojos bajo esas cejas toscamente delineadas; sus mejillas grasientas se inflaban como dos bulbos a punto de estallar; en realidad ella era más una burócrata que una enfermera de planta; se ocupaba de ordenar los kárdenas, registrar las consultas y reparar las fichas; respondía al nombre de Pocha, aunque su verdadero nombre era Eufrosina. ¿Pero a qué se debe este paro?, Inquirió el viejo maestro de Historia. ¡No sé, pregúntele a nuestros dirigentes!, le respondió Pocha, acomodando la almohada en el improvisado lecho. Pero..., balbuceó el viejo maestro desconcertado: ¿A quiénes? A los dirigentes, nosotros sólo aceptamos órdenes del sindicato, se justificó la mujer, echándose sobre la cama. Ahora sí que te jodiste. ¿Quién podrá levantarte? El viejo maestro de Historia sonrió, a pesar del dolor que lo matificaba. Parecía haberse habituado a los retorcimientos que convivían con él desde que le dijeron que era propenso a las úlceras. A poco hizo su ingreso el resto de las enfermeras, paramédicos y algunos administrativos que se dedicaron a la faena de acomodar sus camas. De pronto el viejo maestro de Historia sintió que el estómago se le había hinchado. Tantos remedios, análisis de sangre, de orina, de heces, que al cabo de casi una semana, no le habían aliviado de su mal. Sentía que la parpadeante llama de su vida se iba extinguendo paulatinamente. Bueno, al menos así descansaría de una vez y estaría junto a su esposa. Aflojó el cinturón que le sujetaba los pantalones. Esta enfermedad se llama vejez, se puso de pie, y es incurable...

Adolfo Cáceres Romero. Oruro, 1937. Narrador de novelas y cuentos e investigador de la historia literaria boliviana.

Tres autores, tr

DE: LA MUJER QUE NO SE EQUIVOCABA:

Bajo el Estrecho de Tiquina

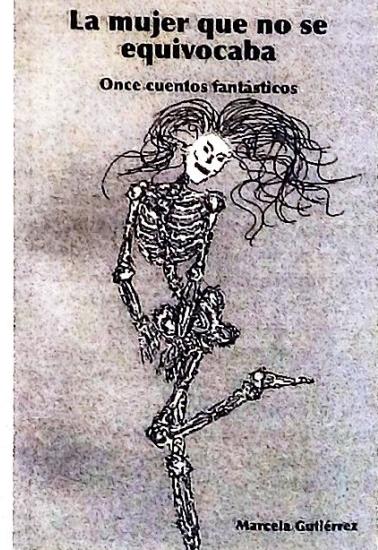
La estrella a la que ahora se dirige la flota de Hams, va adquiriendo forma, hasta que aparece con su terrible luminosidad; sin embargo, es más pequeña que las que le repelieron con su potente radiación, obligándola a retroceder o a cambiar vertiginosamente de rumbo. Las grandes lenguas de fuego que escapa esta estrella, son examinadas por los aparatos computarizados que tiene cada una de las pequeñas naves en forma de bumerang. Dentro de un momento la primera máquina cruzará el incandescente disco, no sin antes detectar los elementos adversos o convenientes para la vida que están buscando. Habían dejado atrás el negro destino que corrió su mundo y se lanzaron en busca de las luces de lejanas estrellas con un único pensamiento: encontrar un lugar habitable, un nuevo mundo que les proteja y cobije y permita perdurar su especie.

La flota de Hams ha visitado muchos soles, pero muchos soles no representan nada en la inmensidad del universo; siempre habrá otra posibilidad. Concentrándose en el centro de sus pantallas, observan cómo la primera nave, la del comandante, atraviesa el incandescente disco. Ahora el nave-gante deberá emplear toda su capacidad y experiencia para repeler estos estallidos que le recuerdan los de su propio mundo cuando ya hubo poco que hacer. Y subiendo al máximo la potencia de la velocidad, hasta casi hacerse invisible, pues puede ser absorbido, pasa rápidamente delante del sol, pero contra todo cálculo, no puede evitar ser lanzado con violencia hacia uno de los planetas que al contacto con su atmósfera comienza a incendiarse como una bola de fuego. Atraído por su poderosa fuerza gravitacional, desciende violentamente. A pesar de que la propulsión ha sido reducida al mínimo, no puede evitar el golpe seco al tocar el suelo y después de muchos tumbos, por fin se detiene la averiada y caída chamuscada maquinaria.

El Ham tiene golpes por todo el cuerpo, pero rápidamente se despabilía, para observar, desde el interior de su

La mujer que no se equivocaba

Once cuentos fantásticos



Marcela Gutiérrez

Es libros, tres géneros

tro, se llevó a cabo la presentación de los títulos: "Historia de Bolivia" de Manuel Vargas ex. El Duende quiere compartir una muestra de las obras de estos destacados autores.



nave el nuevo mundo que se abre vasto y misterioso ante sus ojos. Aunque su naturaleza sauria no conoce emoción alguna, algo en su ser se maravilla al no encontrarlo demasiado diferente al planeta de donde proviene.

Desciende de la nave, se quita el casco que protege su cabeza y descubre que puede respirar por sus branquias que ahora se abren libremente como alas en su rugosa espalda. Desde abajo levanta la cabeza y contempla el cielo. Los rayos del sol se filtran en el horizonte en el que Ham observa infinitud de colores. [...]

Su composición genética que le permite vivir millones de años, tiene un paralelismo con su paciencia infinita. Su concepción del tiempo y del espacio es mucho más lenta que la de los seres que encontrará en este planeta, y así sabe que sus compañeros no lo abandonarán, que algún día vendrán por él.

Durante muchos años, mientras espera a sus hermanos de sangre, se dedica a observar todo. Los trazos naranjas de una atmósfera primitiva van tornándose azules y todo comienza a cambiar dentro de un marco de lo aceptable, recorre incansablemente de oriente a occidente, encuentra vegetación excesiva en lugares donde el calor es insopportable. También ha conocido otros lugares donde las montañas de hielo y los helados ríos y mares que de éstos se desprenden, lo hacen inhabitable.

Y llega el día en que observa a las diferentes especies que comienzan a salir del agua y tímidamente se van acostumbrando en tierra firme. Otras retroceden a los grandes océanos; otras, sucumben, mientras algunos microorganismos comienzan a moverse en el aire. Aunque estas experiencias lo maravillan, el Ham siempre retorna al lugar donde ha descendido, a pesar de que los cambios climáticos han convertido en polvo lo que fue su nave, él no deja de mirar al cielo, esperando... [...]

Ahora, el espacio abierto donde él descendió, está rodeado por una cadena de montañas que ha emergido y un pequeño lago. Todo sigue cambiando y aunque su cuerpo no se deteriora, si lo hace su mente, y por largos lapsos ya no sabe si está despierto o dormido, sueña que la flota está transportando a los pocos cientos de sobrevivientes que quedaron en su planeta y piensa que cualquier día llegarán al lugar donde él descendió.

Presiente el peligro, siente terror por el advenimiento de otro ser que al parecer habría llegado también del espacio exterior. Su percepción le dice que es peligroso y desadaptado, diferente a todos los habitantes de este planeta que hasta ahora ha conocido. Se sabe vulnerable ante esta presencia, pues aunque el aspecto del rey llegó no es feroz, intuye que cuenta con muchos recursos para destruir todo lo que la naturaleza ha creado en este maravilloso mundo, y decide resguardarse en las profundidades del lago, en una caverna donde la luz solar no llega. Pasa años de interminable claustro, sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquél encierro voluntario que ahoga para siempre la inquietud de permanecer en la superficie, sumido en la oscuridad. Sus ojos sin expresión, se posan obstinadamente, tal vez en la contemplación imaginaria de una nave que viene de su mundo descendiendo con sus hermanos de sangre.

Siente el rumor del lago, cuyas olas golpean suavemente contra la playa. En un intento de perdurar, con sus pupilas húmedas, sedientas del lejano resplandor de la luz, haciendo un último esfuerzo, recuerda el nido de la multiplicación que su ser hermafrodita permite a los de su especie, y se divide en miles y miles de Hams que definitivamente se resguardan en las profundidades.

Toribio Nina Mamani tiene su lancha a motor con la que trabaja transportando pasajeros en el Estrecho de Tiquina. Cuando llega la noche, ya no hay más trabajo, entonces enseña a su pequeño hijo a recoger algas de las orillas, tal como su padre le enseñó a él y a éste a su padre. Las harán secar al sol, para luego prensarlas y conservarlas en forma

de pequeños adobes que venderán en el mercado de La Paz con el nombre de *qochayuyu*, que se acostumbra comer en Semana Santa.

—Papá, ¿cuántos *janp'atus* habrá en el fondo del lago?, —¿Cuándo los sacaremos? —pregunta el niño.

—Hartos, hijo, hay muchos sapos en el Estrecho, pero ya te he dicho que son sagrados, sólo los *k'aras* los atrapan para llevarlos a La Paz, allí los venden a los grandes hoteles y los sirven como manjares. Nosotros no, nosotros sabemos respetarlos.

Después continúa: —Te he contado que en las noches salen a la orilla y miran la luna croando fuerte; después, antes de que amanezca, carrerita se meten al agua otra vez. No hay que maltratar a los *janp'atus*, hijito, la leyenda que contaba el abuelo de mi abuelo decía que como lluvia había caído del cielo.

Marcela Gutiérrez La Paz, 1954 Poeta y narradora. Co-fundadora de las revistas literarias Correveidile y Siesta Nacional

DE: HISTORIA DE BOLIVIA (fragmentos)

¿Cuándo comenzó la historia de Bolivia?

La historia de nuestro país comenzó cuando esta región todavía no se llamaba Bolivia e llegaron aquí los primeros hombres, que vivían de la caza, la pesca y la recolección de frutos. Según los investigadores, hace 30 ó 40 mil años ya existían hombres en este continente llamado después América. Las primeras culturas cuyas huellas se encontraron en nuestro territorio, tienen una antigüedad de más de 20 mil años.

[...]

¿Qué nos enseña esta historia de Bolivia?

Vivimos una crisis profunda del Estado que aún no ha sido resuelta. El Estado se tambalea por su debilidad, como en todo proceso de cambio, cuando se despiertan y patentizan problemas históricos de desigualdades e injusticias. La solución no está únicamente en el cambio de un gobierno por otro, ni en un nuevo "contrato social" para construir algo nuevo, sino en el cambio de las personas. Este proceso de transformación de las instituciones y de las personas no se da de un día para otro, dura largos períodos.

Los seres humanos que vivimos en esta tierra, desde Tiwanaku o los Incas, la Colonia, la República, las dictaduras y la democracia, somos los mismos. Cálidos y trabajadores, pero también fastidiosos y cómodos. Desprendidos y egoístas. Rebeldes frente a unas situaciones, y sumisos en otras. Valientes y amorosos, pero también intolerantes y poco democráticos. Somos diferentes, ricos en cultura, únicos, pero a un tiempo personas como cualquier otra en el mundo. Poco hemos cambiado, y se necesitan muchos años más para cambiar y ser más responsables y maduros. Es muy razonable esta frase repetida en muchas ocasiones: "¿Cómo cambiar el mundo si no cambian las personas?"

Después de vivir los años difíciles del neoliberalismo, con desaciertos y pérdidas, por ejemplo el mal negocio con las empresas del Estado, y logros y aciertos como la descentralización de los municipios, mucha gente estaba esperanzada con el cambio. Pero la historia no avanza según los deseos de las personas, sino de acuerdo a los proce-

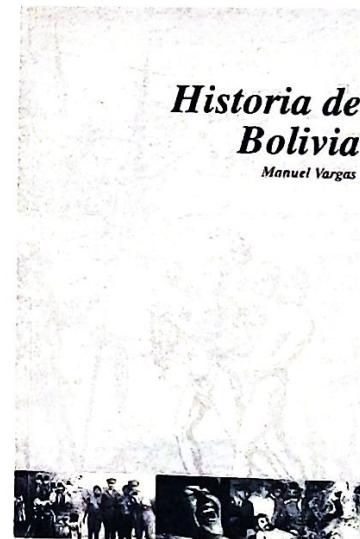
sos que cada día se van construyendo en diferentes ámbitos. Procesos de consensos en los que se gana una parte y se pierde otra, se avanza y se retrocede, y que no acaba ni se detiene.

En esta última etapa de la Historia de Bolivia hemos dado énfasis en el aspecto político, el arte de gobernar y convencer, que es donde flaquea el Gobierno. El manejo del poder —del Estado o de una prefectura, de una alcaldía o de una simple oficina— enceguece y hace perder la perspectiva y la conciencia crítica. Para abrir los ojos se necesita confiar en la sabiduría de la gente común alejada del poder representado por partidos, gremios, sindicatos, comités. Es necesario confiar en el otro, no sólo en el compañero sino también en el que piensa diferente a nosotros.

A pesar de todo, si vemos la historia de los pueblos en todo el mundo y en todos los tiempos, el sistema democrático permite imaginar y desarrollar mejores sistemas de convivencia. Sistema que se construye en el diálogo y la concertación, para no caer en la intolerancia y la muerte.

Historia de Bolivia

Manuel Vargas



Manuel Vargas. Vallegrande, 1952. Dirige la Revista Boliviana de Cuento Correveidile y la Editorial del mismo nombre





Lord Byron

Lord (George) Byron, nació en Londres el 22 de enero de 1788 y murió de malaria en Missolonghi, Grecia el 19 de abril de 1824. Publicó: *Don Juan, Las peregrinaciones de Childe Harold, Lara, El corsario, Melodias hebreas, El sitio de Corinto, Mazeppa y Manfredo* entre otras.



Al cumplir mis 36 años

¡Calma, corazón, ten calma!
¿A qué lates, si no abates
ya ni alegras a otra alma?
¿A qué lates?

Mi vida, verde parral,
dio ya su fruto y su flor,
amarillo, otoñal,
sin amor.

Más no pongamos mal ceño!
¡No pensemos, no pensemos!
Démonos al alto empeño
que tenemos.

Mira: Armas, banderas, campo
de batalla, y la victoria,
y Grecia. ¿No vale un lampo
de esta gloria?

¡Despierta! A Hélade no toques,
Ya Hélade despierta está.
Invócate a ti. No invoques
más allá

Viejo volcán enfriado
es mi llama; al firmamento
alza su ardor apagado.
¡Ah momento!

Terror y esperanza mueren.
Dolor y placer huyeron.
Ni me curan ni me hieren.
No son. Fueron.

¿A qué vivir, correr suerte,
si la juventud tu sien
ya no adorna? He aquí tu
muerte.

Y está bien.
Tras tanta palabra dicha,
el silencio. Es lo mejor.
En el silencio ¿no hay dicha?
y hay valor.

Lo que tantos han hallado
buscar ahora para tí:
una tumba de soldado.
Y he aquí.

Todo causa todo pasa.
Una mirada hacia atrás,
y marchémonos a casa.
Allí hay paz.

Canción del corsario

En su fondo mi alma lleva un terno secreto
solitario y perdido, que yace reposado;
mas a veces, mi pecho al tuyo respondiendo,
como antes vibra y tiembla de amor, desesperado.
Ardiendo en lenta llama, eterna pero oculta,
hay en su centro a modo de fúnebre velón,
pero su luz parece no haber brillado nunca;
ni alumbría ni combate mi negra situación.
¡No me olvides! Si un día pasaras por mi tumba,
tu pensamiento un punto reclina en mí, perdido...
La pena que mi pecho no arrostrara, la única,
es pensar que en el tuyo pudiera hallar olvido.
escucha, locas, tímidas, mis últimas palabras
—la virtud a los muertos no niega ese favor—;
dame... cuanto pedí. Dedicame una lágrima,
¡la sola recompensa en pago de tu amor!...

En un álbum

Sobre la fría losa de una tumba
un nombre rellena la mirada de los que pasan,
de igual modo, cuando mires esta página,
pueda el mío atraer tus ojos y tu pensamiento.

Y cada vez cada vez que acudas a leer este nombre,
piensa en mí como se piensa en los muertos;
e imagina que mi corazón está aquí,
inhumado e intacto.

La partida

¡Todo acabó! La vela temblorosa
se despliega a la brisa del mar,
y yo dejo esta playa cariñosa
en donde queda la mujer hermosa,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.
Si pudiera ser hoy lo que antes era,
y mi frente abatida reclinar
en ese seno que por mí latiera,
quizá no abandonara esta ribera
y a la sola mujer que puedo amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
que fueron mi contento y mi pesar;
lo amo, a pesar de sus enojos,
pero abandono Alblón, tierra de abrojos,
y a la sola mujer que puedo amar.
Y rompiendo las olas de los mares,
a tierra extraña, patria iré a buscar;
mas no hallaré consuelo a mis pesares,

y pensaré desde extranjeros lares
en la sola mujer que puedo amar.

Como una viuda tórtola doliente
mi corazón abandonado está,
porque en medio de la turba indiferente
jamás encuentro la mirada ardiente
de la sola mujer que puedo amar.
Jamás el infeliz halla consuelo
ausente del amor y la amistad,
y yo, proscrito en extranjero suelo,
remedio no hallaré para mi duelo
lejos de la mujer que puedo amar.
Mujeres más hermosas he encontrado,
mas no han hecho mi seno palpitar,
que el corazón ya estaba consagrado
a la fe de otro objeto idolatrado,
a la sola mujer que puedo amar.
Adiós, en fin. Oculto en mi retiro,
en el ausente nadie ha de pensar;
ni un solo recuerdo, ni un suspiro
me dará la mujer por quien deliro,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.

Comparando el pasado y el presente,
el corazón se rompe de pesar,
pero yo sufrí con serena frente
y mi pecho palpita eternamente
por la sola mujer que puedo amar.
Su nombre es un secreto de mi vida
que el mundo para siempre ignorará,
y la causa fatal de mi partida
la sabrá sólo la mujer querida,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.

¡Adiós!..Quisiera verla... mas me acuerdo
que todo para siempre va a acabar;
la patria y el amor, todo lo pierdo...
pero llevo el dulcísimo recuerdo
de la sola mujer que puedo amar.
¡Todo acabó! La vela temblorosa
se despliega a la brisa del mar,
y yo dejo esta playa cariñosa
en donde queda la mujer hermosa,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.

Lord Byron tuvo un magnetismo personal. Consiguió la reputación de no ser convencional, ser excéntrico, polémico, ostentoso y controvertido. Muchos han atribuido sus capacidades extraordinarias a un trastorno bipolar, también conocido con el nombre de depresión maníaca. Se inclinó por los desheredados, los marginados, los miserables como los corsarios y los cosacos, y todo lo demás era hipocresía: nobleza, sociedad, etc. Siempre defendió a los más débiles y a los oprimidos, por lo que apoyó a España frente a la invasión napoleónica, a la independencia de las naciones latinoamericanas y, por supuesto, a la libertad de su querida Grecia. Fue un gran admirador de Rousseau. Tuvo gran afición por la compañía de los animales, como por su perro Terranova "Boatswain", en cuya tumba escribió: Aquí reposan los restos de una criatura que fue bella sin vanidad, fuerte sin insolencia, valiente sin ferocidad y tuvo todas las virtudes del hombre y ninguno de sus defectos.

Víctor Montoya:

Franz Tamayo, el insigne poeta boliviano

(Primera de dos partes)

Escribir una apretada síntesis sobre una de las figuras más descolorantes de la literatura boliviana parece fácil, pero resulta una tarea difícil, debido a su personalidad polifacética y a la complejidad de su prolífica obra que, hasta el día de hoy, sigue siendo motivo de interpretaciones y controversias.

Sobre la vida y la obra de Franz Tamayo se han escrito sendos libros, pero ninguno logra atraparlo en su verdadera dimensión, que es la de un genio alzándose como una cumbre en medio de la planicie intelectual de su medio, donde algunos lo consideran un simple mortal de carne y hueso, con virtudes y defectos; en tanto otros lo mantienen en un pedestal, convirtiéndolo en un mito y hasta en un tabú.

A tiempo de dedicarle estas líneas, quiero dejar constancia de que la obra de Tamayo es una de las joyas mejor pulidas en el cofre literario de un país que, a pesar de la desidia y los cercos de silencio que soportó durante siglos, aprendió a distinguir las luces de la genialidad en medio de las tinieblas. Asimismo, por razones didácticas y sentido común, he optado por dividir su trayectoria en tres facetas: la familia, el político y el poeta.

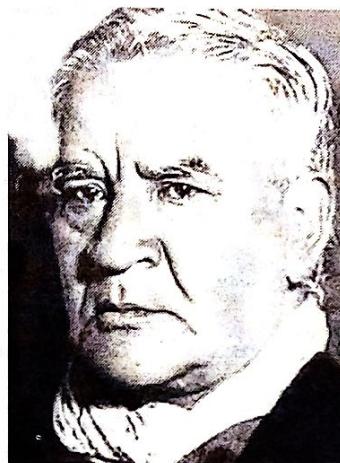
La familia

Franz Tamayo nació en la ciudad de La Paz el 28 de febrero de 1879 –en pleno conflicto internacional con Chile–, y murió en la misma ciudad el 29 de julio de 1956. Fue el primogénito del abogado, político y diplomático Isaac Tamayo Sanjinés, quien, después del desastre de la Guerra del Pacífico, partió rumbo a Europa con sus propios recursos, como lo haría años más tarde, estableciéndose en París con su familia durante la revolución federalista de 1899.

Según sus biógrafos, Isaac Tamayo Sanjinés sirvió al gobierno de Hilarión Daza y llegó a ser Prefecto de La Paz y Ministro de Hacienda del presidente conservador Aniceto Arce. Aunque fue un estudioso entroncado en el gamonismo, tuvo certeros atisbos sobre el problema del indio, al que consideraba, a pesar de las corrientes racistas y antí-indígenas profesadas por las clases dominantes de la época, el núcleo fundamental de la nación boliviana. Su obra sociológica "Habla Melgarejo" (1914), firmado con el seudónimo Thajmara, explora la tesis fundamental de que el tirano fue el producto de la sociedad boliviana, de todos sus vicios y no un hecho accidental.

Franz Tamayo asimiló desde su infancia las ideas y experiencias de su padre, el mismo que, consciente de la aguda inteligencia y la enorme capacidad asimilativa de su primogénito, le procuró una educación privada de humanidades, con asignaturas que incluían lecciones de piano, alemán, inglés y francés.

De su madre, doña Felicidad Solares, se sabe poco y lo poco que se sabe es que fue una mujer de sangre indulgente y dedicada íntegramente a la crianza de sus siete hijos. Mas, por el amor y la admiración con que Franz Tamayo se refiere a ella, se deduce que, a través de sus sentimientos maternales y hablándole en la dulce lengua de sus antepasados, le transmitió la sensibilidad para captar las vibraciones de la naturaleza, la belleza del paisaje altiplánico, la nobleza de una raza injustamente menospreciada por los colonialistas; pero, ante todo, con ella aprendió a sentir orgullo por su abolengo aymara y a no tener desdén por los valores culturales de sus ancestros. No en vano, en un férreo documento de respuesta a Fernando Díez de Medina, apuntó: "Por la línea materna en mi raza y en mi sangre no hay birlochaje –muchacha proveniente del cruce de la chola y el criollo, y que ya cambió la pollera por el vestido occidental– (...) En mi madre por ningún lado aparece el



mestizo, el híbrido ni la mula (...) En mis venas y gracias a mi madre, no hay una gota de birlochaje putrefacto" (Baptista Gumucio, 1983: 40).

La infancia de Franz Tamayo, que transcurrió entre la casa solariega de la ciudad y las propiedades rurales de su padre, estaba marcada por el amor de sus progenitores y la grata compañía de sus hermanos, con quienes compartía los juegos y las fantasías propias de su edad. En su adolescencia entró en contacto con las culturas, las lenguas y los escritores del Viejo Mundo. Uno de los que mejor supo tocar sus fibras íntimas fue Víctor Hugo, cuyas obras leía en francés y con pasión inusitada.

Franz Tamayo retornó a Bolivia en 1904, pero se asentó nuevamente gracias al sostén económico de su padre, quien lo mandó a estudiar en La Sorbona de París. En Londres conoció a la joven francesa Blanca Bouyon, con la que contrajo matrimonio sin el previo consentimiento paterno. Tras vivir un tiempo en Europa, la pareja se trasladó a Bolivia, donde convivió algunos años más, combinando el ambiente urbano con el rural, hasta que la unión se rompió de manera inevitable, debido, en parte, a desavenencias culturales. Las dos hijas del matrimonio, Blanca y Anita, fallecieron a temprana edad. El amor que Tamayo sentía por la francesa, según algunos, inspiró el célebre poema "Balada de Claribel", una auténtica joya de la lírica hispanoamericana.

Tiempo después, al cumplir los treinta años de edad, Tamayo conoció a Luisa Galindo, una mujer de singular belleza y carácter afable, que le cautivó el corazón y le alivió el dolor sentimental de su matrimonio anterior. Y, a pesar de la oposición de su madre y sus hermanos, Tamayo, en una actitud que denotaba su rebeldía juvenil, formalizó su relación con Galindo, sin necesidad de acudir al registro civil ni a la iglesia católica. Así, y por varias décadas, empezarón a compartir los instantes más felices junto a sus hijos, pero también las adversidades que la actividad pública le deparó al insigne poeta y pensador fecundo, quien acabó siendo admirado por unos y criticado por otros, sobre todo, por quienes en los corredores del poder político se declaraban sus adversarios ideológicos. Vivió en una casona de La Paz y en su hacienda de Yauricham-

bi –situada cerca del majestuoso Illampu y el lago Titicaca–, que adquirió en 1910 y donde creó gran parte de su producción literaria.

El político

De Franz Tamayo, personaje de tendencias liberales en la cultura y la política, se sabe que terminó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Ayacucho de La Paz, que obtuvo su título de abogado en un examen de excepción rendido en la Universidad Mayor de San Andrés y que durante su estadía en Europa cursó estudios de filosofía, literatura y ciencias políticas, aparte de que aprendió el griego y el latín.

A partir de 1910, compaginó su vocación literaria con su participación activa en la política. Fundó, junto con otros jóvenes intelectuales, el Partido Radical en 1911, que tuvo existencia efímera por la falta de experiencia y solidez organizativa. Su pasión por los problemas nacionales y sus deseos de terminar con el "bandidismo gubernativo", lo llevaron a desempeñar numerosas tareas en la administración pública: Presidente de la Cámara de Diputados, Delegado de Bolivia ante la Liga de las Naciones para presentar y debatir los reclamos marítimos, Asesor Jurídico del Ministro de Relaciones Exteriores y Canciller de la República.

Tanto sus simpatizantes como sus adversarios lo recordaban siempre protagonizando memorables discusiones con el también poeta Ricardo Jairme Freyre en el parlamento y con otros representantes del Partido Republicano de Saavedra. Sus poses y su retórica, capaces de deleitar, persuadir y comover, lo destacaban como a un orador consumado y polemista temible. Claro que detrás de la actitud del político estaban los conocimientos y la inteligencia de un hombre que supo ganarse el respeto a fuerza de medir sus argumentos con la mediocridad de sus contrincantes.

Franz Tamayo desarrolló una amplia labor como periodista. Fue fundador de "El Figaro" (1913), "El Hombre Libre" (1917) y director del matutino "El Diario". Asimismo, ejerció la cátedra de sociología en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz y colaboró con varias publicaciones nacionales y con el "Amauta" del peruano José Carlos Mariátegui, entre otras.

El 11 de noviembre de 1934, en plena Guerra del Chaco, fue elegido Presidente de Bolivia por imposición de Daniel Salamanca. Y si no asumió el cargo, a punto de ser investido, fue debido a un golpe militar que anuló la elección considerándola ilegítima. De todos modos, aquí surgen las preguntas obligadas: ¿Qué hubiera hecho el poeta desde la silla presidencial? ¿Hubiera acabado con la oligarquía minero-feudal, que por entonces ostentaba el poder político y económico del país? ¿Hubiera proclamado la justicia social para los desposeídos? La incognita de esa historia no se llegará a saber nunca, aunque por todos es conocido que Tamayo no fue pobre sino un señor. "Un gran señor feudal, dueño de haciendas y de indios", como ironicamente lo definió Tristán Marof. Más Todavía: "Tamayo fue un burgués liberal (...) Un señor de sombrero de copa, un conservador de los privilegios de su casta y de su país" (Marof, 1961: 161).

Continuará



Milagros de la pintura boliviana

MARCELA MERIDA



Marcela Mérida es una artista con formación académica, desarrolla su pintura al óleo por un figurativismo personal ausente de su misión mimética rigurosa, y también por un surrealismo de fondo humorístico e irónico. Sus figuras de calles o casas, tienen el resplandor de un realismo depurado en la interpretación, mejor que en la imitación representativa. Así resulta un figurativismo de concepciones originales, sin la abolición de las imágenes inspiradoras, que mantienen los característicos rasgos de su identidad, en medio del fragmentalismo deliberado, surgido de los diferentes puntos de la observación. Maneja con soltura experimentada los materiales del dibujo, así como el óleo y la cerámica en las diferentes creaciones que marcan la impronta de su estilo atractivo.

Armando Soriano Badani.



"Desvelo de campanarios", óleo de 90 x 80



"Juego de poder", lápiz de color 70 x 80